

# Informaciones

## Acontecimientos

### El «desencuentro» de Descartes y Pascal. Sobre una obra de teatro

La obra de Jean-Claude Brisville representada recientemente en el Teatro Español de Madrid y en otras ciudades españolas, *El encuentro de Descartes con Pascal joven*, más bien debería haberse llamado «El desencuentro de Descartes con Pascal». Me explico. Ante todo, pienso que hay que valorar muy positivamente este esfuerzo por acercar a los clásicos de la filosofía a un público amplio. Tampoco voy a incidir sobre determinados aspectos de la representación que ya han sido destacados: los diálogos ágiles y bien llevados, la cuidada traducción del texto francés por parte de Mauro Armiño, la sobria y convincente puesta en escena o la brillante dirección y actuación, sobre todo de José María Flotats. Mi comentario se dirige sólo al personaje de Pascal, según el texto creado por Brisville. Si bien Descartes resulta un personaje comprensible y admirable en todos los sentidos, Pascal resulta sólo el contrapunto de sus virtudes. Descartes, un Descartes del siglo XXI más que del XVII, es prudente, pragmático y tolerante. Es un auténtico sabio que se compromete lo justo, pues quiere vivir bien y sin conflictos innecesarios. Es el perfecto ilustrado *bon vivant*. Por el contrario, Pascal no sólo está enfermo físicamente, sino mentalmente. Es el prototipo del intransigente, exaltado y fanático religioso. Tan atormentado como amenazante, renuncia entonces a una brillante carrera como científico, llevado por sus propias exigencias religiosas. En fin, realmente el personaje da miedo, o más bien risa, como se pudo comprobar reiteradamente en la representación. Encarna un personaje oscuro y siniestro. Un esquema demasiado simple como para ser en todo verdad. Sin duda, Descartes y Pascal representan dos modos distintos de comprender la realidad, pero también compartieron algunos planteamientos. El encuentro imaginado, parece ser más bien el espejo en el que mirar nuestro propio tiempo,

confrontando la ciencia y la razón con el dogmatismo religioso y sectario.

Quisiera subrayar que la lectura que Brisville hace de Pascal es una recreación libre y muy personal de este encuentro real entre los dos sabios. Comencemos por algunos datos históricos. A título de ejemplo, me detendré tan sólo en algunas de las informaciones que se ofrecen nada más comenzar la representación: Descartes y Pascal se encontraron una sola vez, por iniciativa de Descartes. Pues no.

Descartes y Pascal se encontraron dos días: el veinticuatro y el veinticinco de septiembre de 1647. Fue Descartes, de paso por París, y no Pascal como aparece en la obra, quien tuvo la iniciativa del encuentro. Además, no se encontraron solos, sino que fueron acompañados por un amplio grupo de personas. Efectivamente, Pascal estaba entonces enfermo. Nunca tuvo buena salud y su intensa dedicación a las investigaciones científicas le había agotado. Por eso, pidió a su amigo Roberval que se sumara al encuentro. Pensaba que él podría esforzarse en detallar a Descartes el funcionamiento exacto de su máquina aritmética. Pero Descartes se interesó sobre todo por el problema de la existencia del vacío. De hecho, después de la reunión, se fue en carruaje con Roberval y siguieron discutiendo animadamente, según la carta que escribe Jacqueline Pascal<sup>1</sup> el mismo 25 de septiembre a su otra hermana. Ahí se detallan algunos aspectos de la conversación mantenida, que por cierto no debió de acabar mal, pues Descartes visitó de nuevo a Pascal al día siguiente. Preocupado por su enfermedad, le recomendó que siguiera en cama y le dio otros consejos médicos. Además habría otros datos históricos a tener en cuenta, pero vayamos a dos elementos esenciales en la presentación que Brisville hace de Pascal: es un científico promotor que en 1647 ha renunciado a sus investigaciones, llevado por su fanática y atormentada religiosidad.

Pues bien, en primer lugar, el último descubrimiento científico de Pascal está fechado en 1658, cuando resolvió un problema geométrico sobre una curva llamada «ruleta» o «cicloide» que fundó el cálculo infinitesimal. También organizó un concurso ofreciendo un premio al sabio que resolviera el problema. No parece con ello que renunciara ni al mundo, ni a la ciencia. Más datos: sobre 1651 redactó un *Prefacio* a un *Tratado sobre el vacío*, y en 1655 un escrito sobre *El espíritu geométrico* de tono

<sup>1</sup> Se reunieron por parte de Pascal, Roberval, del lado de Descartes: Habert y Montigny y su hijo, junto con otros tres jóvenes y una persona con «sotana». Cf. la carta de Jacqueline Pascal a su hermana Gilberta (25 de septiembre de 1647), en: PASCAL, B.: *Oeuvres Complètes*. Vol. I. Edición de M. le Guern. Gallimard, París, 2000. La obra de Brisville data de 1985; desde entonces se han publicado diversas ediciones críticas de las obras de Pascal y numerosos estudios que arrojan nuevos datos sobre su vida y pensamiento.

cartesiano. Pascal defiende que toda ciencia rigurosa debe apoyarse necesariamente sobre la razón (matemáticas) y sobre la experiencia (física). En estos terrenos, considera imprescindible liberarse del excesivo crédito concedido a los antiguos. Además, considera ilegítima cualquier intrusión por parte del poder religioso o político en el terreno científico. Esta será una convicción que mantendrá a lo largo de toda su vida.

Otra cosa es que a partir de los veintitrés años comience a interesarse por la Teología y que se comprometa abiertamente al lado de los jansenistas con sus *Cartas Provinciales* (1656-1657). Esta obra, dicho sea de paso, revela su ironía y su talento como escritor, cosa reconocida por sus mismos detractores. Conforme avance en su proyecto de escribir una Apología de la religión cristiana (1656-1662), lo que la posteridad conocerá con el nombre de *Pensamientos*, Pascal se irá convenciendo de que las ciencias positivas nunca podrán descifrar todos los enigmas. Entonces, considerará también necesarias lo que hoy llamaríamos ciencias humanas –que cita como «ciencias de las costumbres»– y, por supuesto, la religión.

El segundo aspecto en el que insiste el texto de Brisville es el carácter trágico y desgarrador de la religiosidad de Pascal, cuya obsesión enfermiza por la muerte espanta a Descartes. Esta es la visión de él tuvieron, entre otros, Voltaire y Nietzsche. Brisville recoge muchos de los fragmentos de los *Pensamientos* y ahí no se inventa nada. Pero desde luego son posteriores al encuentro con Descartes. Además, encadena fragmentos muy distintos en una lectura lineal de sus planteamientos. Es verdad que el carácter inacabado y fragmentario de sus *Pensamientos* ha propiciado una multitud de interpretaciones a lo largo de la historia. Del Pascal romántico del XIX, al trágico de los marxistas, al racionalista del XXI, su pensamiento religioso también fue tachado de herético o de ortodoxo. Actualmente, y desde hace años, los investigadores franceses de su obra vienen insistiendo en la necesidad de leer los fragmentos en el estado en que Pascal los dejó a su muerte. No son una obra póstuma, sino los papeles que se encontraron tras su muerte. Por eso, en los *Pensamientos* nada es tan sencillo como puede parecer a simple vista. Es un laberinto de fragmentos que exige un ejercicio interpretativo constante, para descubrir el papel que ocupan en la argumentación seguida por Pascal. En ellos converge su experiencia científica, mundana y religiosa. Agrupar sus fragmentos por temas resulta cómodo para el lector, sin embargo, con ello se rompe la argumentación que Pascal siguió en las series de fragmentos que él mismo clasificó. En los que dedica a la Apología de la religión cristiana, dos terceras partes de la obra, la novedad de su planteamiento consiste en alejarse de la Escolástica y mostrar que el claroscuro reina por todas partes. Su filosofía estará destinada a analizar las contradicciones de la condición humana y a desper-

tar el interés por plantearse verdades vitales. Este es el lugar en el que se incluyen muchos de los fragmentos citados por Brisville, pues Pascal, como Unamuno, quiere despertar la interioridad dormida de su interlocutor y cuestionar su permanente estado de disipación. Nada más lejos que imponer determinadas creencias, lo que sería a su juicio «imponer la fuerza y el terror».

A diferencia de Descartes, Pascal considera que no es posible demostrar racionalmente la existencia de Dios, ni la inmortalidad del alma. La clave de su pensamiento religioso es distinta. Es un clásico de la literatura mística: el «Dios oculto» del que hablan las Escrituras. Para Pascal, Dios se esconde en la Naturaleza, en las Escrituras y en la propia Iglesia.

Para terminar, quisiera insistir en que Pascal debe ser situado en su propia época para ser comprendido. En un momento histórico en el que la Iglesia tenía un gran poder, denunció que había muy pocos cristianos auténticos. Siglos después, Kierkegaard también lo hará. Es cierto que su trasfondo jansenista y su agustinismo extremo incomoda a sus lectores, pero como Unamuno y J. L. Aranguren supieron entender, sus escritos y su «*pathos* existencial» le convierten en un clásico que aún ahora sigue dando qué pensar.

Lo dicho: bienvenida sea la presencia de los clásicos del pensamiento en el Teatro para revitalizarlos y, además de disfrutar del espectáculo, invitar a la lectura directa de los mismos.

Alicia Villar Ezcurra  
Universidad Pontificia Comillas

## Zambrano y la presencia de Nietzsche en el siglo XX.

Los días 7 y 8 de mayo del presente año se celebró en la Universitat de Barcelona, dentro del programa de actividades académicas de la Facultat de Filosofia, el XII Seminari Internacional María Zambrano, puesto en marcha por el Seminari Aurora, que tiene como una de sus centrales tareas el dar a conocer el pensamiento de María Zambrano situándolo en el marco de diálogo con el pensamiento contemporáneo. Esta tarea se ve reflejada en el título mismo del XII Seminari: *Zambrano i la presència de Nietzsche al s. XX*.

Tal título alcanza varias lecturas, señaladas por los participantes: por una parte, podríamos preguntarnos cómo ha leído Zambrano a Nietzsche y en que medida el pensamiento del filósofo alemán estimula

el suyo propio, y cómo Zambrano se aleja de algunos planteamientos de Nietzsche dándole otros significados; por otra, la segunda posibilidad que se abre es la de valorar en su justa medida la presencia de los dos mencionados autores dentro del panorama del pensamiento filosófico en la tarea de dar salida a la existencia del ser humano.

No puedo dar cuenta de todo lo dicho en el Seminario sin poner en peligro y traicionar el sentido de las palabras de los ponentes. Trataré de señalar el marco general de comprensión de los distintos discursos y los «nudos» que armonizan y dieron cuerpo a la red que han tejido los ponentes.

Dentro del marco general, y en mismo nivel, podemos señalar tres planos: el primero sería el de destacar los lugares en los que directamente Zambrano a lo largo de sus textos dialoga con Nietzsche y sus posiciones filosóficas y va perfilando la figura del pensador alemán como un ser de Aurora. En esta línea apuntaron las conferencias de Jesús Moreno Sanz y Elena Laurenzi. En un segundo plano, Nietzsche aparece en el fondo del pensamiento de María Zambrano aunque esta no dialogue directamente con él; adoptando una orientación distinta. Planteamiento expuesto por Remedios Ávila, Ana Bungard y Mercedes Gómez Blesa. Un tercer plano está constituido por los mundos compartidos de Nietzsche y Zambrano: el lenguaje, el arte, la música y el filosofar como caminos de comprensión de lo humano en su inacabable biografía, tal como han señalado Gonçal Mayos, María Joao Branco, Goretta Ramírez, Diego Sánchez Meca..

Respecto del primer plano podemos señalar, dentro de las distintas concepciones allí manifestadas, como nudo inicial de arranque que comparten Nietzsche y Zambrano, el entender la filosofía como una acción transformadora que pone en marcha la vida y que tiene como substrato de apoyo un «sentir originario», un saberse «venir de» en el caso de Zambrano, un «instinto» en Nietzsche, como ámbito pre-lógico previo a todo discurso racional. La diferencia entre ambos vendría marcada en el cómo se opera esa acción transformadora. En Nietzsche la transformación se realiza a «golpe de martillo», es en un lenguaje profético-poético el «derrumbar para construir», derrumbar los valores pasados como negadores de la vida para ofrecer nuevas tablas de valores fieles a la tierra, al aquí y al ahora. En Zambrano la acción transformadora de la filosofía opera desde una pasividad activa; padecer la realidad y padecernos en la vida es el motor de todo filosofar que trata de desentrañar el ser que llevamos dibujado en las entrañas. El sentimiento originario de la piedad marca la filosofía de Zambrano como trato adecuado con todo lo real sin humillarlos.

En cuanto al segundo plano, otro nudo señalado como elemento compartido por ambos autores es la concepción trágica de la vida hu-

mana, tragedia entendida como tensión dinámica y armónica entre dos polos dispares y contrapuestos: Apolo–Dionisos, razón–sentimiento, presencia–ocultación. Pero la respuesta a esta concepción trágica es distinta. Nietzsche propone como camino de salida a ésta la afirmación del desenfreno dionisiaco de la vida, el desbordarse del sí mismo que se transfigura en el niño– transhombre que juega inocentemente y nos abre a la luz del mediodía donde las sombras son más cortas y se adelgazan. En cambio, Zambrano persiste en la tragedia en la medida en que ninguno de los elementos del binomio puede ser anulado; si queremos mantener el dinamismo de la vida en su sed de absoluto no podemos anularlos, pero sí armonizarlos. El camino es saber conjugarlos para abrirnos a una luz auroral, a una Aurora donde juegan y danzan la noche y el día, el pensamiento y el sentir, el ser que somos y el que estamos llamados a ser (no–ser), en una permanente sed de trascendencia, convocados a una reiterada y permanente aurora.

En relación con el tercer plano, el último nudo que estuvo presente y que se abordó de forma persistente fue lo sagrado, lo divino y el superhombre, teniendo como telón de fondo el nihilismo. Para Zambrano, en Nietzsche se cumple el camino trazado por la filosofía desde sus orígenes, un «éxtasis» que culmina en un desgarramiento, un pasmo que se transforma en asombro, y su salida es la violencia. Si la filosofía es para Zambrano la «transformación de lo sagrado en lo divino», Nietzsche se presenta como el notario que levanta acta de un grave y profundo suceso: «Dios ha muerto», sólo un loco puede persistir en la búsqueda de Dios para darle sentido a su vida. Hemos perdido el horizonte, el hombre vaga sin rumbo, sin norte donde posar la mirada; solamente el profeta Zaratustra–Nietzsche nos puede devolver la inocencia perdida aquí en la tierra, no en las creaciones mentirosas de un trasmundo fruto de los hombres del rebaño. Debemos dar cobijo al desierto que avanza, al nihilismo negativo que nos paraliza, pues sólo el que ha sufrido el nihilismo tiene la voluntad de superación, de ser creador de nuevos valores.

Nietzsche padece la asfixia del yo cartesiano en sus propias entrañas. La subjetividad desprendida de todo gira sobre sí misma en soledad creando un infierno que solo se aplaca momentáneamente en el delirio del transhombre. Este transhombre no es, contrariamente a lo que considera Zambrano, «el dios dado a luz en las entrañas de lo humano», no es una divinización del hombre, es un niño que juega inocentemente desprendido del yo, un yo que es fruto de los lastres con los que la tradición y la sociedad nos carga.

Si Nietzsche puede dar salida a la muerte de Dios desde la voluntad de poder que crea, desde la acción, considera Zambrano que Nietzsche se encuentra con una última resistencia incapaz de vencer y reducir: esta es el tiempo. El laberinto del eterno retorno es la afirmación del

«siempre» de la vida eludiendo la muerte. Faltaría en Nietzsche, para Zambrano, una consideración de la muerte como definitivo nacimiento que da cumplimiento a la vida cuando ésta se entrega imantada por el amor, agente de esperanza y de toda trascendencia. La vida considerada en su soledad, sin más remitente que ella misma, es creadora de un infierno; todo esta sostenido por algo, por alguien. Nada en lo humano es absoluto.

El punto de partida de Zambrano es un «sentir originario» imposible de anular, un saberse «venir de» un sueño remoto sin posibilidad de fijar una meta. Hay un fondo sagrado indeterminado (*apeiron*) que se mantiene intocable e inagotable. Desde él, el ser del hombre debe ir cobrando formas al no poseer ninguna, buscando interminablemente «un puesto en el cosmos» donde cobijarse que le de sentido a su vivir. Esta dotar de sentido se ejercita desde los múltiples ejercicios de la razón: filosofía, poesía, novela, mística, pintura, música... todas ellas son formas en las que el ser humano busca saciar su sed permanente de unidad, su perfecto acabamiento.

Después de Nietzsche, la última resistencia que el hombre padece es la nada, el vacío, la ausencia de los dioses idos. Esta situación nos deja nuevamente y nos remite a los orígenes previos al nacimiento de la poesía, la tragedia y la filosofía que se posicionan ante lo sagrado indeterminado. Para Zambrano esta nada sagrada es ámbito de toda posible creación, pues las cosas que no son nada desde el puro pensamiento son algo cuando se las padece, y este padecerlas nos pone en movimiento para transformarlas sabiendo tratarlas con tiempo y dotándolas con palabra adecuada y tono justo.

Quisiera señalar fuera ya de estos nudos temáticos apuntados, aunque ciertamente en estrecha relación con ellos, la presentación que dentro de la celebración del Seminari se realizó del libro de Juan Moreno Sanz, titulado: *El Logos oscuro*, de próxima publicación en la Editorial Trotta. El libro fue presentado por Miguel Morey y el propio autor. Una obra de gran amplitud no sólo por su volumen, sino por su extensión temática en la que trata de dar cuenta del enraizamiento y el distanciamiento que el pensamiento de Zambrano realiza ante la tradición, al mismo tiempo que señala los personajes, muchas veces en las sombras, con los que Zambrano dialoga y los territorios místicos por los que transita. Ya la misma María Zambrano señaló que toda su obra podría titularse «restos de un naufragio». Jesús Moreno trata de recoger los restos del naufragio, de esos fracasos reiterados, para dar una salida al pensamiento inagotable de Zambrano.

## Próximas reuniones y congresos

Exposición «Aranguren, la filosofía en la vida y la vida en la filosofía». Pabellón Transatlántico de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 4 de junio al 26 de julio 2009.

XVII Jornadas de Filosofía de la Universidad de Valladolid: «Método y representación en la ciencia». Valladolid, Facultad de Filosofía y Letras, 7 al 9 de octubre 2009.

Jornadas luso-españolas: «Filosofía e literatura na península ibérica: resposta a crise do final do século XIX». Universidad de Lisboa, Lisboa, 26 al 27 de noviembre 2009.

### **Filosofía Contemporánea y Cristianismo: Dios, hombre, praxis**

¿Cuáles han sido las contribuciones contemporáneas de la filosofía al cristianismo y del cristianismo a la filosofía? ¿Tiene aún un papel que jugar la sabiduría cristiana en el mundo actual? ¿Cómo desmontar el prejuicio de la incompatibilidad de la filosofía contemporánea con el cristianismo? ¿Es posible y deseable una mutua fecundación o colaboración de ambos?

Autores: Andrés Torres Queiruga, Raúl Gabás, Jacinto Choza, Carlos García Andrade, José Antonio Zamora, Esperanza Bautista Parejo, José María Mardones, Sonia Arribas, Ignacio Quintanilla Navarro, Teófilo González Vila, Augusto Hortal Alonso, Adela Cortina, Ramiro Flórez y otros.

Al reflexionar sobre la relación contemporánea de filosofía y cristianismo, que ha sido conflictiva y tormentosa, los autores de este libro ofrecen propuestas sobre lo que podemos hacer hoy en ese campo a la altura de nuestro tiempo.

**Edita:** Diálogo Filosófico, Colmenar Viejo (Madrid). 1998. 320 pp. 19,23 euros. 25 % de descuento para los suscriptores de Diálogo Filosófico.

**Pedidos:** Diálogo Filosófico. Apdo 121. 28770 Colmenar Viejo. Teléfono: 610 70 74 73; Fax: 91 846 29 73. E-Mail: dialfilo@ctv.es